



Argentina-Brasil: encuentros y desencuentros en la relación bilateral

18 DE FEBRERO DE 2020

Durante meses presenciamos en diversos medios de prensa que la Argentina y Brasil bajo las administraciones de Alberto Fernández y Jair Bolsonaro difícilmente podían trabajar juntas debido a diferentes cosmovisiones del mundo y de la agenda interna, así como de la relación bilateral. Sin embargo, las manifestaciones y resultados de los encuentros sostenidos el pasado 12 de febrero en Brasilia por el Canciller Felipe Solá con su par Ernesto Araújo y, luego, con el presidente Jair Bolsonaro, demuestran lo contrario: la vigencia de la consideración mutua del carácter de “política de Estado” de la relación bilateral, la continua vocación regional conjunta, la importancia del MERCOSUR para ambos países y la intención manifiesta de que la integración también sea de nuestras sociedades.

Repasemos los últimos meses. Frente a la “falta de sintonía” entre ambos gobiernos, analistas internacionales aconsejaban identificar actores más afines a la posición argentina por debajo del presidente brasileño con influencia en el proceso de formulación de la política externa brasileña. Otros sugerían profundizar los vínculos entre los poderes legislativos y a nivel subnacional en vez de a nivel del ejecutivo, todo

ello a fin de mantener y construir canales de diálogo “subterráneos” que alejaran a la relación bilateral de las “tormentas”.

Tampoco alcanzaron las señales de distensión de las autoridades brasileñas post victoria de la fórmula Alberto Fernández-Cristina Fernández de Kirchner para identificar intereses “de Estado” en Brasilia: el vicepresidente brasileño Hamilton Mourão participó de la ceremonia de asunción presidencial, Brasil otorgó en menos de 24 h el plácet a Daniel Scioli como embajador en ese país y los cancilleres mantuvieron una videoconferencia para programar su reciente encuentro del 12 de febrero. Los análisis indicaban que la relación bilateral volvía a sucumbir a los miedos y desafíos por los que transitó hasta 1985 y poco se esperaba de la reunión que mantuvieron Felipe Solá y Ernesto Araújo días pasados en Brasilia.

Ahora hagamos un poco de historia. La rivalidad entre la Argentina y Brasil que caracterizó la relación bilateral hasta mediados de la década del '80 se sustentó en lo político, la defensa y la geopolítica. En 1985 hubo un “punto de inflexión”: las administraciones de Ricardo Alfonsín y José Sarney, en la “Declaración de Foz de Iguazú”, buscaron abandonar la rivalidad bilateral pasada para incrementar la cooperación y construir las bases para una integración bilateral. De esta manera, comenzó un intenso y sostenido proceso de integración en materia económico-comercial y en cooperación política bilateral, en temas como integración física, defensa y, especialmente, en el ámbito nuclear.

Desde entonces, la relación bilateral constituyó una verdadera “política de Estado” para Argentina y para Brasil, y fue visualizada como uno de los pilares de la pacificación en Sudamérica, el acuerdo político fundacional del MERCOSUR y la integración de las sociedades. Todo eso estuvo en duda hasta el 12 de febrero pasado. Sin embargo, la diplomacia, nuevamente, volvió a ser la herramienta para derribar versiones erróneas y conjeturas.

Primero, durante sus encuentros las autoridades argentino-brasileñas abordaron la vasta agenda política y económica bilateral y acordaron transformarla en una agenda “ambiciosa, innovadora y creativa, en lo tecnológico, productivo y estratégico”. Propusieron así una cooperación que exceda lo económico y tenga que ver con la defensa, la seguridad, la ciencia y tecnología, entre otros temas, y planificaron un encuentro entre sus vicescancelleres que se dará a corto plazo para repasar el resto de la agenda política. Más aún, Bolsonaro propuso a Fernández verse las caras por primera vez a principios de marzo.

Segundo, abordaron la agenda regional. Convergieron en sus posiciones sobre los desafíos que presentan a la seguridad regional el combate a la delincuencia organizada transnacional, el terrorismo y sobre la importancia de continuar trabajando por la democracia en la región. Si bien existen diferencias sobre el abordaje a la crisis en Venezuela, manifestaron coincidir en el mismo objetivo: la recuperación plena de democracia en ese país mediante la celebración de elecciones justas, libres y transparentes.

Tercero, conversaron sobre el futuro del MERCOSUR. Coincidieron en la necesidad que tiene el bloque de “renovarse” y de pensarse a mediano y largo plazo en materia de negociaciones internacionales con otras regiones y países del mundo, y del reposicionamiento de las economías como “polos de crecimiento, atracción de inversiones y como elemento estratégico” en sus políticas económicas. Asimismo, dialogaron sobre la vocación “democrática y de libre comercio” del MERCOSUR.

Cuarto y último, consideraron la agencia ciudadana. Decidieron aunar esfuerzos para que el fortalecimiento del MERCOSUR y la integración regional se traduzcan en beneficios para los ciudadanos, a partir del crecimiento económico, la creación de empleo y el incremento en el comercio recíproco de productos con mayor valor

agregado. También acordaron avanzar en materia de infraestructura y cooperación fronteriza.

En síntesis, a pesar de las diferentes naturalezas de las administraciones de Fernández y de Bolsonaro, los gestos y las declaraciones del pasado 12 de febrero mostraron a las sociedades argentina y brasileña que nuestra relación bilateral sigue siendo considerada como una “política de Estado” para ambos países, que sabemos que la Argentina y Brasil tienen la llave para colaborar a resolver los problemas de la región, que deseamos cuidar el MERCOSUR sin dejar de modernizarlo y que conocemos la necesidad de nuestros pueblos de integrarse. “Hay cosas que se entienden mejor si uno está acá o si uno está en la Argentina”, decía el Canciller Solá al salir de sus encuentros. Por más encuentros en persona y menos en twitter.